

ya no sería una obra católica,—entre todos aquellos á quienes la gracia de Dios ha dado luces y energías suficientes para realizar esta empresa.

**14. La más apremiante empresa de estos tiempos.**—¡Plegue al Espíritu Santo, fundador de las Órdenes, inspirar á todos los miembros de su Iglesia, á los superiores, á los párrocos, á los religiosos y á los laicos, la certeza inquebrantable de que, entre todas las empresas del mundo, la renovación de la vida religiosa es una de las más apremiantes!

Grandes é innumerables son las cuestiones que en la hora actual esperan solución. Con frecuencia también nos causa vértigo su cantidad, y con frecuencia no sabemos por donde empezar.

Pero, para el que comprende lo que hay de más íntimo en la vida cristiana, la respuesta no puede ser otra que la siguiente: La reforma de las Órdenes se impone ante todo. Realizada que sea, quedará asegurada la única cosa necesaria, la aspiración á la perfección, y esto es lo que salvará al mundo.

Cuando las Órdenes encuentren de nuevo su antiguo esplendor, el mundo tomará de nuevo en serio al Cristianismo, para mayor bien de la Iglesia y de la sociedad.

## CONFERENCIA XVI

### JESUCRISTO, FUENTE Y MODELO DE TODA PERFECCIÓN

#### 1. El hombre necesita un sostén para ser fuerte.

—No hay nada tan débil que haya que desespérer de ello, ni nada tan insignificante que pueda uno despreciarlo.

Puesta en el lugar conveniente, y rodeada de los cuidados necesarios, la cosa más pequeña puede convertirse en grande, y la más desprovista de valor puede llegar á ser útil.

Todo agricultor ó jardinero sabe á qué atenerse sobre este punto. ¿Qué puede haber de más débil que nuestras plantas trepadoras? Si se las abandona á sí mismas, degeneran en salvajes, y se convierten en obstáculo al crecimiento de otras plantas más útiles, privándolas de aire y de luz. Pero cultivándolas como es debido, y poniéndoles vigorosos apoyos, compensan abundantemente los trabajos exigidos, ¡Cuán formidable planta fué hasta entonces la viña salvaje! Y, sin embargo, precisamente con ella, la viticultura moderna ha conquistado sus más brillantes triunfos. Desde que se ha aprendido á cultivar el lúpulo, se ha convertido en una de las plantas más importantes y lucrativas.

Cuando se enlaza la viña de la Campania al álamo gigante, se eleva á una altura tal, que el viñador—como dice Plinio—hace su testamento antes de la vendimia, porque ella se encarama como si no tuviese límites en su desarrollo, y se hace tan potente, que ninguna fuerza es capaz de separarla del apoyo que la sostiene. <sup>(1)</sup>

(1) Plin., 14, 3 (1), 1.

¿Por qué no había de ocurrir lo mismo con el hombre? ¿Por qué los sabios, los doctores, los filósofos, no pueden, pues, alcanzar este grado de penetración intelectual, al cual puede elevarse el aldeano mismo? Pero ¿por qué también ocurre precisamente que entre estas personas sea más considerable el desprecio pesimista del mundo y de los hombres?

«Sin embargo—dicen ellos—hemos prodigado tan bellas palabras sobre el hombre insensible, sobre la obligación que tiene de dar pruebas de buena educación, que no podemos añadir nada más. Inútil continuar dándole lecciones. Hace ya mucho tiempo que sería una maravilla en materia de perfección, si hubiese querido escucharlas. Pero, ó bien está tan corrompido que ya nada hay en él capaz de mejoramiento, ó bien es tan malo, que no ve la solicitud de que le rodeamos. En todo caso, le abandonamos y le dejamos volver á la barbarie».

He aquí el resultado de esa empresa anunciada con tanto estrépito, de esos esfuerzos para elevar al hombre, sin el auxilio de la religión, á un grado más alto que el que ha conseguido en el Cristianismo. Es en realidad un resultado totalmente en contradicción con las grandes palabras de hace un momento. ¿Cuál es la causa? El plan mismo, que es malo porque es hijo de dos errores.

Desde luego, esos maravillosos médicos sin vocación creían poder curar al enfermo sólo con palabras sonoras y vacías. Y luego, exigían del pobre hombre tendido en tierra, gotoso, incapaz de moverse, que marchase á su voz, y aun que escalase montañas, sin que se les ocurriese darle un bastón ó guía en que pudiese apoyarse.

Si el horticultor, el agricultor ó el viñador pensasen y obrasen así en su especialidad, obtendrían miserables resultados. Pero son más prudentes, dan á la débil planta sólido apoyo, y con ello están seguros del éxito.

Curioso es que los educadores de los hombres y sus maestros, que, sin embargo, deben formar la más débil de todas las plantas, no quieran comprender esta ciencia

tan sencilla. No obstante, la ordinaria experiencia de la vida debería patentizarles la verdad fundamental de que las mejores doctrinas para la inteligencia no pueden por sí solas hacer al hombre suficientemente fuertes para practicar el bien, en tanto que, por lo contrario, no debemos desesperar de los más débiles hombres, si logramos templar su carácter.

**2. Y de un sostén sobrenatural.**—Fácil es comprender que los filósofos profanos ordinarios no llegan á apoderarse de este medio tan evidente. Así, pues, ¿qué punto de apoyo pueden dar al hombre? ¿Un hombre tan débil como todos los hombres? Ó bien, los que se confiesan completamente incapaces de conducirse á sí mismos, ¿querrían ofrecerse como guías? En todo caso, no quieren admitir, y con mayor razón recomendar, un guía más elevado que el hombre, sino que prefieren dejar á sus discípulos en el abandono en que los han hallado, y abandonar todo trabajo á ellos referente.

Pero lo que hay de más asombroso es que gentes que pronuncian el nombre de Jesucristo no comprendan que sólo hay un poder superior al hombre, por consiguiente, un poder sobrenatural capaz de procurarle la fuerza y los medios necesarios para conducirlo á su fin.

En efecto, esta verdad exige cierta atención para ser bien comprendida.

Maestros cristianos hay que se han lisonjeado de haber comprendido perfectamente este punto de doctrina, y que de tal modo lo han desfigurado, que, para ellos y para sus discípulos, la muerte moral y espiritual ha sido consecuencia inevitable.

Tan duros reproches alcanzan á los primeros reformadores y á sus discípulos.

Verdad es que predicaron en todos los tonos que Jesucristo era el sostén de todos los hombres, creyendo que nadie lo había hecho antes que ellos. Y fueron todavía más lejos, pues proclamaron que sus santos y sus obras reemplazaban por completo toda actividad humana personal.

Pero todo lo que le concedían de excesivo, desde este punto de vista, se lo arrebatában por otro lado.

Para ellos, su ley, su palabra y sus ejemplos carecían de valor. Y aun negaban este valor en los términos más desdeñosos. Creían que había hecho bastante, no sólo para nosotros, sino en lugar nuestro, tanto que no teníamos necesidad de ocuparnos en sus palabras y mandamientos, ni de hacer algo por nuestra parte. Bastaba con que nos imputásemos sus méritos por la fe.

De este modo, han intentado sin duda dar un apoyo á la viña; pero quisieron darle uno que creciese, floreciese y diese frutos en lugar suyo. La viña no tenía otra cosa que hacer que apoyarse en él.

Evidentemente, es este uno de los más funestos errores.

Pero ¿era una razón para que la posteridad de aquellos primeros protestantes cayese en el extremo opuesto, y arrebatase, como antiguamente los pelagianos, todo poder sobrenatural á la persona y á la obra de Jesucristo, para no dejar en su lugar más que una atractiva doctrina humana?

¿En qué el Cristo moderno se distingue de un Sócrates, de un Zenón, ó de un charlatan ordinario? No vemos cómo el que conoce á Jesucristo únicamente según la doctrina de estos racionalistas puede creer que una virtud divina se derrame de él sobre sus discípulos. En él, no hay rastro alguno de aquel Cristo del Evangelio, al cual nadie se acercaba ni nadie tocaba sin experimentar inmediatamente su virtud curativa. <sup>(1)</sup>

**3. La más elevada tarea de nuestra vida consiste en imitar al Cristo.**—Esta triste situación nos enseña dos cosas.

Primeramente que debemos penetrar con el estudio el espíritu de Jesucristo, y, lo que todavía es mejor, con la oración y la meditación; y penetrarlo, no sólo para conocerlo, sino para practicar sus enseñanzas é imitar sus ejemplos por modo tan perfecto como nos sea posible.

(1) Luc., VI, 19; VIII, 46. Matth., IX, 21; XIV, 36.

No adoramos á Jesucristo como Redentor nuestro, si nos servimos de su obra y de los méritos de su persona como de un manto que cubra nuestra pereza. Si admiramos á lo más su sabiduría, y si consideramos con indiferencia su persona, nos rebajamos al nivel de un maestro humano ordinario.

El honor que debemos á Jesucristo exige ante todo de nuestra parte la convicción de que no hay salvación para nosotros, ni perfección posible, fuera de sus ejemplos personales.

Así, pues, se nos ha dado la vida para que trabajemos en asemejarnos á Jesucristo, penetrando en el espíritu de su doctrina y de su vida, y procurando imitar sus ejemplos.

Para que podamos lograr esto, viene su poder divino en auxilio de nuestra debilidad.

Por consiguiente, jamás un hombre será completamente perfecto por otro medio que por la imitación de Jesucristo.

Nada es santo, fuera de lo que es una imitación de este Hombre. <sup>(1)</sup> El último fin á que debemos tender aquí bajo, es la perfección. Ahora bien, la perfección es Jesucristo. <sup>(2)</sup> El grado de santidad es para cualquiera igual á la medida en que imite á Jesucristo. El más santo de todos es el que piensa quiere y obra como Jesucristo, el que ora, trabaja, sufre, se humilla, se sacrifica por Dios como Jesucristo lo hubiera hecho en la misma situación.

Lo que no se hace según Jesucristo, está fuera del camino de la perfección. Lo que hace á uno fiel á Jesucristo debe bastarnos eternamente, porque esto basta al mismo Dios; en cuanto al hombre, le es imposible ir más allá.

**4. La fuerza para imitar al Cristo no se encuentra sino en la unión con Él.**—De lo que acabamos de decir se deduce, en segundo lugar, que sería insuficiente para el hombre tener únicamente en Jesucristo un maestro y

(1) Gregor. Magn., *Ez.* 1, 2, 19.

(2) Augustin., *Ps.* 54, 1; 56, 2.

un modelo, pero no la fuerza sobrenatural capaz de elevarlo por encima de su propia debilidad.

Seguramente, nunca se estimaría suficientemente la influencia ejercida por una vida tan santa, y no hay persona alguna sobre la cual no produzca este espectáculo una impresión profunda, y no despierte el deseo de imitarlo.

Pero ¿por qué hay relativamente tan pocas personas que se perfeccionen por este medio? ¿Por qué al lado del corto número de aquellos para quienes esta vida maravillosa es una resurrección, hay tantos otros para los cuales es ocasión de la más profunda caída? <sup>(1)</sup> Porque la sola contemplación de una perfección tan sublime, sin esfuerzos para imitarla, no hace más que aumentar la responsabilidad; por otra parte, repugna antes que alienta.

Posible es que la fe muerta en Jesucristo pueda provocar la admiración por su doctrina y sus ejemplos, pero no puede conducir á resultados prácticos, como no puede producirlos; es método de enseñanza que se contenta con llenar la cabeza de magníficos ideales, sin templar la voluntad.

Si, pues, las enseñanzas y la vida de Jesucristo antes deben ser útiles que perjudiciales á la humanidad, también ha debido infundir en nuestros corazones un impulso poderoso capaz de hacer nacer en nosotros el deseo entusiasta de practicar sus palabras é imitar sus ejemplos.

Pero aun este solo impulso no sería suficiente. De aquí que haya sido preciso dar á los que querían imitarle la fuerza de realizar en su vida, á despecho de la debilidad humana, así las enseñanzas brotadas de sus labios como sus acciones divinas.

Sólo cuando estas tres cosas, enseñanzas, ejemplos y fuerza para practicarlos, están reunidas en Él, es para nosotros un principio de vida y de salvación.

Pero quienquiera que suprima en Él una sola de estas tres cosas, hace de Aquél, que es la vida del mundo, una causa de ruina para la humanidad.

(1) Luc., II, 34.

Ahora bien, estas tres condiciones se encuentran reunidas en la persona de Jesucristo.

Él ha dicho de sí mismo: «Yo soy el camino, la verdad y la vida». <sup>(1)</sup>

Es el camino, por sus ejemplos santos; la verdad, como maestro, y la vida, dando á cada uno la fuerza para practicar sus enseñanzas y sus ejemplos.

El que busca, pues, la vida, debe atenerse á Jesucristo indivisible, al maestro de la verdad, á la fuente de toda santidad, al que da la fuerza para practicarla.

Ahora bien, el que posee al Cristo verdadero, viviente, tiene todo lo que necesita para conseguir la perfección y la salvación.

Pero ¡ay, cuán pobres son los que no poseen á Jesucristo! ¡Cuánto se engañan los que creen poseerlo, pero que sólo lo poseen en parte, por consiguiente, como muerto!

¿Qué es el hombre que no vive en unión con Jesucristo? Es un hombre tan débil, que fácilmente comprendemos que experimente hastío y horror de sí mismo.

Ahora bien, en la naturaleza entera no hay nada que pueda elevarle por encima de sí mismo. Ciertamente, podría ella arrebatarse el poco honor, pureza y fuerza que posee; pero jamás podrá darle una sola fuerza que no posea.

Únicamente Jesucristo es la verdadera grandeza y la fuerza suficiente del hombre.

Cuando tenemos necesidad de auxilio, nos basta con apoyarnos en Él, como la viña en su estaca, ó, para hablar con más exactitud, unirnos á Él como el sarmiento está unido á su cepa. Entonces creceremos en Él, que es nuestro jefe, <sup>(2)</sup> adquiriremos fuerza para todos los esfuerzos que nos veamos obligados á hacer y para practicar todas las virtudes, y seremos ricos en nuestra pobreza, é invencibles á despecho de todas las derrotas que podamos sufrir.

(1) Ioan., XIV, 6.

(2) Eph., IV, 15.

Desde que aprendemos á contemplar á Jesucristo, no sólo como maestro ó modelo, sino que nos consideramos como no haciendo más que uno con Él, como miembros con relación á la cabeza, como injertos relativamente al tronco que los soporta, como ramas de un árbol, dejamos de ser hombres naturales, y nos elevamos por encima de nuestra debilidad nativa.

Entonces son nuestros sus bienes y sus fuerzas; nos hemos revestido de Jesucristo; <sup>(1)</sup> Cristo vive en nosotros y nosotros vivimos en Él, <sup>(2)</sup> Cristo es nuestra vida. <sup>(3)</sup>

Pero también en cambio, nuestras acciones son acciones de Jesucristo; su vida se manifiesta en nosotros; <sup>(4)</sup> nuestra debilidad se convierte en victoriosa é invencible; hallamos fácil lo imposible, ligero el yugo más pesado, <sup>(5)</sup> y producimos frutos en abundancia, <sup>(6)</sup> no sólo para el tiempo, sino para la eternidad.

**5. Medios para alcanzar esta unión.**—Pero ¿cómo participar de esta fuerza? Lo hemos indicado en lo que ya hemos dicho.

No elogiando la moral libre del Humanismo y el poder humano personal; no por la fe vacía de los protestantes, sino uniéndonos por modo viviente al cuerpo de Cristo.

Cuando se dice que debemos absorber en nosotros la fuerza de Jesucristo como el niño bebe su vida en el seno de su madre, la expresión es demasiado débil. Sí, si queremos que la fuerza de Jesucristo se haga nuestra, debemos unirnos á Él como la rama se une al tronco, como el sarmiento á la cepa.

La más estrecha unión con su cuerpo, la Iglesia, es, pues, la condición y el primer medio para participar de la fuerza sin la cual jamás podremos llegar al fin de nuestra perfección. Así, nuestra fuerza aumenta en la medida en que aumenta esta participación.

- (1) Rom., XIII, 14. Gal., III, 27.—(2) Ioan., XV, 5. Gal., II, 20.  
 (3) Col., III, 4. Phil., I, 21.  
 (4) II Cor., IV, 10, 11.  
 (5) Matth., XI, 30.  
 (6) Ioan., XV, 5.

Por la Iglesia, cuerpo viviente de Jesucristo, corre su sangre, esta savia de vida, esta prenda de salvación.

Sólo en la Iglesia hallamos los medios para obtener la gracia, sólo aplicándolos podemos poseer esta gracia, y sólo por medio de la gracia poseemos la fuerza de Jesucristo.

Por medio del bautismo somos injertados en Jesucristo. <sup>(1)</sup> Por la confirmación, nos consolidamos en Él. El Espíritu Santo, que entonces recibimos, fecunda los gérmenes de vida divina, y nos señala con el sello celestial que impide la profanación de este contenido tan precioso, la gracia. <sup>(2)</sup>

Si, no obstante esto, perdemos por nuestra culpa este tesoro, y, por el hecho mismo, toda nuestra fuerza sobrenatural, aun la unión con el árbol de vida, Jesucristo, no nos abandona con todo su amor. En su bondad, nos ha dado un medio con el cual podamos recobrar la gracia santificante y afirmarnos en la vida sobrenatural: la penitencia. <sup>(3)</sup>

Pero la plenitud de la unión posible entre nosotros y Jesucristo, el alimento de los fuertes, <sup>(4)</sup> el foco de caridad, de sacrificio y de piedad, el centro de toda la vida religiosa, el alimento de la perfección, se encuentran en ese sacramento en que Jesucristo mismo, Jesucristo viviente, entra todo entero en nuestro corazón y en él establece su morada con su persona divina y su persona humana, con su santidad y su fuerza, <sup>(5)</sup> el Santísimo Sacramento del altar.

Si todos los Sacramentos son fuentes de gracia, el más sublime de todos es sin contradicción el que contiene al autor y dador de la gracia misma. <sup>(6)</sup> Por este Sacramento, nos convertimos en un solo cuerpo con Él. <sup>(7)</sup> Por tan

- (1) Rom., VI, 5; Rom., XI, 24.  
 (2) II Cor., I, 21, 22.  
 (3) Psalm., L, 13, 14.  
 (4) Augustin., *Confess.*, 7, 1, 16.  
 (5) Ioan., XIV, 23.—(6) Trid. sess., 13, cap. 3.  
 (7) Cyrill. Hierosol., *Cat.*, 22, 3. Chrysost., *Hebr. hom.*, 6, 2. Paschas. Radbert., *De corpore et sang. Dom.*, 7.